

2960 palabras

UNEX: La Bolsa de Valores Universitarios

Marte. Hora local: 07:00. Hora terrestre: 06:00. Desfase lunar gravitatorio: +0,5°, estable. Finales de los 40 del siglo XXI. Sala de Conferencias del Parque del Mercado Interplanetario de Valores Universitarios, UNEX.

Aquella mañana de 2049 Christine se levantó eufórica, en pocas horas marcianas impartía su primera clase universitaria virtual interplanetaria, cientos de *inversitarios* (inversores en valores educativos universitarios) conectados a la nube ya cruzaban millones de comentarios a la vez que sus cotizaciones estudiantiles subían y bajaban en el panel de la Bolsa Universitaria de Monterrey en la Tierra (era la primera bolsa en abrir desde el ángulo orbital y huso horario de Marte).

Las cotizaciones de cada estudiante fluctuaban de acuerdo a la demanda formativa real de la sociedad. No había en lo sustantivo grandes diferencias respecto al funcionamiento de los mercados bursátiles tradicionales. La gran diferencia residía en que los accionistas que invertían en la formación universitaria de los estudiantes que allí cotizaban sus valores universitarios eran sus propios conciudadanos, amigos, familiares, empresarios, comerciantes, abogados y representantes políticos, sindicales, vecinales...

Originalmente la Bolsa Universitaria (University Exchange, UNEX) se configuró como un mercado para la cotización libre de múltiples valores educativos, desde los títulos de grado y máster hasta la propia calidad de las instituciones universitarias o los grupos de investigación, incluyendo las

prácticas en empresas o asignaturas específicas de los programas educativos con algún interés estratégico. Incluso existían índices pre-universitarios para la cotización de las Pruebas Selectivas y de Acceso a Estudios Universitarios o de rankings *ad hoc* de instituciones de enseñanza secundaria según los porcentajes de éxito universitario de sus alumnos egresados. Sólo había una restricción: la imposibilidad de cotizar directamente a las enseñanzas básicas obligatorias y pre-universitarias, evitando así en lo sustancial las prácticas financieras abusivas, desleales y/o especulativas. Su objetivo originario principal fue la promoción de la inteligencia colmena y el liderazgo social colectivo, de ahí su buena acogida entre los impulsores de la innovación educativa y su éxito en la mejora del rendimiento escolar y de los procesos educativos y de buen gobierno democrático en empresas, administraciones públicas, entidades de la sociedad civil y, por supuesto, en las universidades.

La UNEX permitía así a los universitarios ajustar su currículum formativo a las necesidades efectivas de la sociedad y a las expectativas de futuro descontadas a la tasa de interés interanual del bono universitario de los Chicago Nobel, un índice de la rentabilidad media en la producción americana y europea de *Premios Nobel de Economía* (que ya no concedía en solitario el Banco Central de Suecia, sino una Alianza de Bancos Centrales de todo el planeta Tierra comandados *al alimón* por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional).

El último galardonado con el 'nuevo' Nobel de Economía procedía de la prestigiosa Universidad de Monterrey, que curiosamente no era ni americano ni europeo, provenía de África, Gunter, el papá de Christine. Sí, sí, algo impensable hace apenas unos años. Y precisamente en su honor, al papá de

Christine, se inauguró en Monterrey el primer mercado mundial terrestre de Valores Educativos Universitarios. Una placa conmemorativa en la sede central terrestre de Houston de la red de mercados UNEX mantenía vivo su recuerdo y su ejemplo, referente para los millones de estudiantes que cada año iniciaban su cotización en bolsa junto con sus carreras universitarias al ritmo alcista de alguna de sus reflexiones más populares. Era una ceremonia realmente emotiva. Un holograma 3-D reflejaba la imagen de Gunter dando su primera clase magistral, mientras en los paneles laterales las cotizaciones de las carteras de valores universitarios (más conocidos en la jerga como 'valyuns') de los nuevos estudiantes comenzaban su senda ascendente. De pronto se hacía el silencio bajo la cúpula de la imponente sala. Los ordenadores echaban literalmente humo. Hasta que el estruendo de los aplausos liberaba la alegría contenida al haberse acreditado por los algoritmos anti-burbuja que no se había producido ningún conato de tendencia inflacionista en las cotizaciones. La avalancha anti-gravitacional se había mantenido a raya. Los inversores en *valyuns* (los inversitarios) habían iniciado sólidamente sus inversiones. La regla de oro de los inversitarios era muy sencilla y Gunter, su descubridor, no perdía ocasión en recordarlo: "Invertir siempre en valyuns de la persona que tenemos a nuestro lado. Yo lo hice con mi mujer, Julia, y ahora aquí me tenéis". En realidad, Gunter y Julia habían sido los pioneros en aplicar masivamente y extender al sistema educativo universitario los principios de la inteligencia colmena más allá de las iniciativas convencionales solidarias en que habitualmente se circunscribían.

Christine no podía estar más orgullosa de su padre y de su madre, porque ambos con su amor y sacrificio le abrieron las puertas para liderar y

emprender su ambicioso proyecto de resolución permanente de graves conflictos humanitarios.

Gracias a la actitud visionaria de Christine, se podría decir sin exagerar, la humanidad no abandonó La Tierra por el colapso climático, sino que consiguió revertirlo y además encontró la forma de terraformar otros planetas del sistema solar. La idea surgió en el marco de un Simposium Universitario de Inteligencia Colmena y Liderazgo Social Colectivo, concretamente en un debate sobre *robótica, gamificación y sostenibilidad* en el que se discutía acerca de la manera de realizar acciones rentables no agresivas con el medioambiente. La combinación de la exuberancia irracional en los mercados financieros (propuesta por Shiller) junto con la noción de ‘metástasis financieras’ consiguió un doble objetivo: Reconciliar a Eugene Fama con la economía conductual, al darle la razón sobre la superficialidad de las ‘burbujas financieras’ para explicar las crisis; y ofrecer una solución innovadora racional y sostenible, basada en el aprendizaje y la neuro-robótica, al problema de (ultra)eficiencia de los mercados gobernados por instintos animales y avalanchas anti-gravitacionales (las famosas tendencias hiper-inflacionistas en precios).

De aquel simposium surgió una conclusión brillante: Por curioso que parezca, las crisis financieras no eran debidas a un exceso de irracionalidad, de instinto animal, sino de todo lo contrario, porque, como bien sabemos, ante el peligro, el instinto nos hace huir en sentido contrario. Sólo un exceso de racionalidad –junto con la excitación neurocortical que ello provoca– nos puede llevar a una conducta temeraria al hacernos creer que disponemos de los recursos para enfrentarlo con solvencia. Ni siquiera podría llamarse exceso de

confianza, que es un modo automático de contrarrestar el miedo inconsciente, sino más bien un exceso de raciocinio, de conducta robótica.

A las famosas tres leyes de la robótica de Asimov –todas con una fuerte inercia centrípeta individual– se añadió una cuarta, la de la inteligencia colmena (que subrayaba más el carácter centrífugo de la individualidad), ésta consistía en priorizar el mal llamado ‘instinto animal’, que Keynes adivinó bien, pero que no pudo en su momento incluirlo formalmente en sus análisis ni en su Teoría General. Priorizar el ‘instinto animal’ suponía, por tanto, no sobrepasar cierto nivel de raciocinio que superase el sentido común dado un contexto social determinado. Más popularmente se conoce a este principio como Ley de Groucho Marx o de la inteligencia del absurdo, equilibrando de este modo, por así decir, las fuerzas centrípetas del individuo con las centrífugas.

Un ejemplo cotidiano ayudaba a Christine a explicarlo a sus estudiantes: “¿Qué entiendo yo por ‘exceso de raciocinio’, cómo entiendo yo a Marx? Pues veréis, cada mañana pongo el piloto automático y realizo multitud de rutinas casi sin pensar, lo que a veces me lleva a untar la tostada con pasta de dientes o echar sal al café, especialmente cuando algo no está en su sitio predeterminado, aunque no siempre es así”. Las risas y carcajadas del auditorio se podían oír incluso fuera del aula.

Y Christine proseguía: “Pese a estas conductas cómicas, si no fuera porque algunas pueden ser peligrosas, me resulta más racional seguir el instinto rutinario que dedicarme a medir y calcular cada decisión antes de tomarla, no llegaría nunca a mi destino, no habría salido nunca de mi casa y mucho menos hubiera llegado a Marte. Y aún así pienso que sigo en un modo

racional demasiado revolucionado, ¿qué pensáis, tenéis la misma sensación?, contadme”.

Y a veces ponía otros ejemplos muy característicos de la cultura cristiana o budista o musulmana o judía o atea que la mayoría social compartía, fueran cuales fueran sus creencias o increencias. Especialmente le gustaban las parábolas, las fábulas y las enseñanzas morales, eran muy didácticas y daban pie a interesantes reflexiones y a procesos de aprendizaje significativo:

“A ver, decidme, ¿qué pensáis del siguiente modo de actuar? Se inspira en un pasaje bíblico muy reconocido. Un hombre camina tranquilamente de noche y de pronto en un callejón le detienen unos ladrones que quieren ‘darle una buena lección’ y humillarle por su atrevimiento al entrar en su territorio. El hombre sólo lleva encima una túnica y una capa para protegerse del frío. Los ladrones le quitan la capa: ‘¡Venga, danos la capa, a qué esperas!’, le increparon groseramente, dejándole en ropa interior y riéndose de él. Pero el hombre, antes de pelear o resistirse, no sólo se quitó la capa, ¡sino también la túnica! Los ladrones dejaron de reír, se miraron estupefactos viéndolo allí totalmente desnudo, pensaron que debía estar loco, así que dejaron las ropas allí tiradas en el suelo y se fueron corriendo. Aquí acaba la historia. Ahora decidme, ¿quién pensáis que le dio una lección a quién?”.

Y tras el coloquio virtual Christine solía acabar, o más bien volvía a impulsar la reflexión, citando a uno de sus escritores favoritos, [Fernando Aramburu](#): “Aprender a estar a solas y en silencio con los propios pensamientos es un arte que no todo el mundo domina. Y, sin embargo, en dicho arte radica uno de los antídotos más efectivos contra el aburrimiento, la ansiedad, las actitudes gregarias y la falta de iniciativa”.

Christine, especializada en Economía Robótica, era la profesora más joven en ostentar la Cátedra Adam Smith a la Eficiencia de la Igualdad de Género. Su breve e ingenioso análisis de microdatos con *big data* sobre la conducta humana robótico-simulada con propensión al altruismo mostró a la comunidad internacional que el acceso a la genialidad no era terreno vetado para las mujeres. Pero, sobre todo y por encima de cualquier otra cosa, Christine mostró una insólita esperanza, contra todo pronóstico, en la especie humana.

Christine y su equipo diseñaron la interfaz para el acceso libre y autónomo a la red mundial de la Bolsa Universitaria, incluso en el más remoto desierto, lo que activaba de inmediato los recursos necesarios, incluidos los educativos, para dar respuesta urgente a cualquier situación de extrema pobreza o crisis humanitaria. No volvería a decirse nunca más en la historia humana que morían a diario tantos o cuantos miles de personas a causa del hambre o de tal o cual enfermedad común y/o curable.

El problema no fue, como tantos otros expertos y eruditos antes habían pensado, la falta de ética o conducta moral. No fue un problema ético, ni siquiera atribuible a un/os individuo/s. No hay animal ético más evolucionado que el ser humano, no podía entenderse entonces que ciertos hechos, inauditos e impensables en el reino animal, se dieran con tanta frecuencia entre los humanos, por mucho que sólo fueran responsabilidad de un puñado de psicópatas (lo que de ser así habría sido aún más decepcionante e indignante). Así, muy frecuentes de esa época fueron los dilemas morales, los juegos estratégicos, los cálculos electorales, las disputas geopolíticas, los equilibrios macroeconómicos inestables, las encrucijadas ideológicas...

La respuesta a tales dilemas morales, múltiples y exponencialmente letales no venía de forma unilateral y unidireccional de una sola rama del conocimiento científico. Y no fue hasta el alumbramiento del mercado UNEX y de las Ciencias Sociales Robóticas (como la antropología robótica, la economía robótica, la sociología robótica, la psicología robótica, la neuro-robótica) que se encontró el modo más humano de elevar la inteligencia moral más allá de los razonamientos metastáticos, pandémicos, encadenando secuencias lógicas sin fin o empotrándose a toda velocidad contra callejones gramaticales sin salida.

De toda esta historia de avances y retrocesos surgió la idea de invertir en la educación universitaria a escala global, donde los valores (universitarios) que cotizan en la Bolsa Universitaria no pertenecen sólo a personas jurídicas, sino también a personas físicas, y especialmente a estas últimas, muy especialmente a las últimas de las últimas, a las más vulnerables y desfavorecidas.

La Robótica Social que se comenzaba a estudiar en las aulas también se llevaba a la práctica de un modo casi instantáneo. Así, por ejemplo, conductas que antes parecían lógicas y razonables y rentables en el corto plazo, como la especulación con los precios de productos alimentarios de primera necesidad, empezaron a verse y a leerse como un desincentivo en el largo plazo, pues dilapidaban la ganancia futura del talento desinvertido en su potencial mejor asignación.

¿Cómo se llegó hasta aquí? ¿Cómo se pudo expandir y desarrollar una alianza global por la educación universitaria habiendo tantos obstáculos e inconvenientes, a priori insuperables, como en un principio se pensaba que existían? La secuencia es sencilla y maravillosamente creativa, producto de

una mente colmena, de un liderazgo social colectivo. Reconociendo el nuevo papel de los consumidores como productores, los prosumidores. Y reconociendo el avance tecnológico e institucional hacia sociedades de coste marginal casi cero, de acuerdo con las elegantes reflexiones de Jeremy Rifkin, y sin caer en el tecno-optimismo ni en las distopías paralizantes o martirizantes, desde Matrix a Gattaca, desde 'Yo robot' a 'In time', salvando al entrañable y lúcido hombre bicentenario, por supuesto, el revolucionario bicentenario. Llegamos así a los inversitarios.

La bolsa universitaria, UNEX, había sido todo un logro gracias a la alianza global por la responsabilidad social financiera de mediados de la década de los 20. La asignación de un código universal individual e intransferible a cada persona para abrir y gestionar su propio monedero electrónico vinculado a su currículum educativo, sin necesidad de ninguna moneda física, fue un hito sin gran repercusión mediática, pero que aumentó considerablemente el valor del capital humano de un modo casi insospechado para los mejores analistas.

La garantía de la tecnología *blockchain* no sólo aseguraba la trazabilidad y transparencia de los certificados académicos universitarios, sino que medía en tiempo real el rendimiento de cada lección, cada asignatura y cada título universitario, de modo que la obsoleta maquinaria burocrática de exámenes finales quedó para los museos de la educación terrestre.

Las primeras universidades en cotizar en Bolsa fueron, a priori, para asombro de propios y extraños, las más pequeñas, las más infrafinanciadas por los gobiernos, las que menos recursos tenían. Aunque viendo todo el proceso con perspectiva histórica no resulta tan raro. Precisamente ahí, en las

pequeñas, como si estuvieran encriptadas, no fosilizadas, se almacenaban los talentos más increíbles, a la espera de ser descubiertos, los talentos-diamante.

La minería del talento-diamante se convirtió durante décadas en la primera industria mundial del conocimiento. La tradicional división internacional del trabajo se volvió obsoleta. Desde cualquier lugar del planeta se podía formar y desarrollar con un alto estándar de excelencia todas las potencialidades y cualidades humanas. La red universitaria global se extendió y consolidó en poco tiempo. Todo lo cual trajo rápidamente consigo un aumento espectacular del bienestar de la población mundial no condicionado por raza, territorio, lengua, religión, orientación sexual u otro factor de discriminación.

La nueva educación universitaria supuso el punto de lanza de un salto cualitativo para toda la humanidad.

El nuevo proyecto que hoy inauguraba Christine en el planeta Marte consistía en la apertura extraterrestre de la formación universitaria a toda especie viva de la galaxia. El sistema era fácil de entender: todo ser vivo emite ondas magnéticas e interacciona con el medio a través de impulsos eléctricos para obtener la energía que necesita para vivir. Traducir esa información instantánea a código binario y almacenarla en la nube para su tratamiento estadístico era sólo cuestión de milisegundos.

Sin embargo, el mayor reto, y en eso ponía Christine todas sus neuronas, no eran ya los datos ni su almacenamiento ni velocidad de procesamiento, sino establecer la agenda profunda de prioridades reales anticipándose al futuro (que podían ser los próximos cinco minutos), evitando así el colapso de aglomeraciones súbitas en el tiempo o en el espacio. Pero no sólo eso, pues más importantes que los colapsos por aglomeración eran los

vacíos de información, especialmente debidos a la expulsión de agentes que ante las prioridades de otros, quizá no más importantes ni urgentes, pero sí expresadas con más potencia y/o colorido, terminaban por invisibilizar u oscurecer otras necesidades más reales y estratégicas.

En semejante tarea, tan sencilla de comprender, pero tan difícil de gestionar, Christine encontró un gran apoyo en el pensamiento de grandes mentes de la historia universal, griegos, romanos, renacentistas, románticos, ilustrados... Hasta que logró expresar su intuición más genial: ¡La teoría de la relatividad virtual!, a semejanza de Einstein. Encontró un fenómeno singular: la escasez por exceso de demanda no era tanto el problema –por otro lado muy puntual y localizado– como el desabastecimiento crónico de lo básico en medio de la abundancia. Y ahí centró sus investigaciones. Y de eso iba su conferencia, a punto de comenzar, sobre los agujeros negros de la distribución económica, los agujeros negros en el bienestar material de la población.

Los estudiantes del Programa de Economía Stephen Hawking-Paulo Freire esperaban inquietos, deseosos de contrastar sus ideas, mostrar sus habilidades y los resultados de sus lecturas...

En la Sala de Conferencias del Parqué del Mercado Interplanetario de Valores Universitarios de Marte todo estaba a punto. Desde la Tierra, en Monterrey, se daban los retoques finales, ajustando el sonido de las consolas, clickando los últimos *likes*, actualizando el perfil de los avatares preferidos y abriendo las pizarras digitales para tomar apuntes e interactuar con la profesora, la Doctora D^a Christine.

Buenas tardes, queridos estudiantes...